

lece en los ejércitos mexicanos; de tal modo que los imperialistas se habían resarcido completamente de las pérdidas sufridas, y el número de defensores era igual, poco más o menos, que al principio del sitio. Una de las particularidades de los ejércitos mexicanos, es que esta clase de prisioneros, una vez llevados al campo de batalla, suelen batirse contra sus compañeros de antes, con el mismo valor con que pelearon contra sus antiguos enemigos; porque a los soldados forzados les es del todo indiferente la causa por que pelean.

Si hasta aquí se había evitado que disminuyera el número de los defensores, empleando el método antes dicho, después no transcurría una noche sin que huyeran muchos soldados hambrientos. Una vez se dió con la pista de un complot de sargentos franceses del Cuerpo de Cazadores del Emperador, quienes querían abandonar las trincheras que se les habían confiado y pasarse al enemigo. Afortunadamente, se descubrió a tiempo y se evitó esta maquinación; sin embargo de lo cual, algunos lograron realizar su intento y escapar.

Si alguna vez hubo extranjeros que olvidasen su honor y su deber, nadie puede admirarse de ello porque lo propio sucedió entre las tropas nacionales; pero, sea dicho en honor de éstas, soportaron más de lo que se esperaba, y durante el sitio se condujeron, en lo general, de una manera brillante.

XIII.

REGRESO DEL CORREO HERZ. — PLANES DE HUIDA. — EL CORONEL MIGUEL LOPEZ Y SU TRAICION. — EL 14 Y EL 15 DE MAYO.

Así estaban las cosas en la angustiada ciudad, cuando repentinamente, el 9 de mayo, se fué presentando el correo, tanto tiempo esperado. Ya se habían perdido las esperanzas de que regresara y casi todos creían que había sido hecho prisionero por el enemigo y corrido la misma suerte que sus antecesores.

Herz permanecía callado a las preguntas que le dirigían por todas partes o contestaba evasivamente, y pidió, con urgencia, ser llevado ante el Emperador. En cuanto a las noticias que trajo quedaron para siempre en secreto, exceptuando para el Soberano y los jefes principales; pero este silencio era bastante elocuente, para que se pudiera temer lo peor. Dado el estado que guardaban las cosas exteriores, las noticias traídas no podían ser en manera alguna satisfactorias.

El Emperador dispuso que se pagara a Herz la del ejército estaba ya con tan poco dinero, que no recompensa de 3,000 pesos que se le había prometido, y que él había ganado honradamente y con tantos peligros. Sin embargo, en esos días la Caja

podía pagarse esta suma sin crear dificultades insuperables para la paga de las tropas en los siguientes días. Herz, que tuvo noticia de la situación tan apurada en que se hallaban las finanzas y las dificultades que se acarrearían al pagarle a él, pidió ver de nuevo al Emperador, y declaró, que, puesto que la Administración militar estaba en tan crítica situación, él renunciaba su recompensa; pero que cuando se estuviera en condiciones de poder pagar esta suma, se le tuviera presente. Desgraciadamente, los acontecimientos que se desarrollaron después, impidieron que nunca se pudiera cumplir esto.

Las noticias que llevó el caporal Herz mataron de un golpe las esperanzas que se tenían en un ejército de auxilio comandado por Márquez y aún se perdió la esperanza de cualquier otro auxilio del exterior. Aun las bandas que andaban dispersas, resto de tropas imperialistas, y comandadas por algunos partidarios fieles de la causa, no hubieran podido acudir a Querétaro, aunque estuviesen animados de la mejor voluntad, lo que bien podía ponerse en duda. No era éste el momento apropiado para que arriesgaran su cabeza. En lo que concierne especialmente a Márquez, hemos visto que estaba en México también en gran aprieto, y tenía bastante que hacer para defender la Capital contra Porfirio Díaz y sus 25,000 soldados. Así, era imposible que mandara a Querétaro tropas de auxilio, si bien, por otra parte, nunca pensó hacerlo.

En vista de estas circunstancias, la defensa de Querétaro, aun cuando no hubiera traspasado ya los límites de lo posible, resultaba completamente inútil, y el Emperador, obligado por las circunstancias más apremiantes, tenía que tomar una resolución

definitiva, y ponerla en ejecución cuanto antes, si no quería ser sorprendido por los acontecimientos que se aproximaban, y que Querétaro, con sus defensores, cayera en manos de los republicanos, por la consecuencia natural de los sucesos.

En estas condiciones, solamente dos caminos quedaban a los imperialistas: entregarse a un enemigo implacable y desprovisto de consideraciones, o buscar la salvación en la huida, rompiendo las líneas enemigas.

En el primer caso, no había que esperar ningunas condiciones favorables por parte de los juaristas, porque los republicanos, conscientes de las ventajas obtenidas, conocían perfectamente bien la situación desesperada en que se hallaban los imperialistas, por habérselas referidos los desertores, y tenían mucha razón para esperar apoderarse de la ciudad, dentro de muy pocos días, quizás hasta sin disparar un tiro.

Era muy dudoso que los republicanos quisieran entrar en arreglos con los "traidores"; los imperialistas lo reflexionaron mucho, pero pronto desistieron de dar este paso tan humillante para ellos y que, era de preverse, no tendría éxito favorable.

De hecho, no se intentaron ninguna clase de arreglos con el enemigo para la entrega de la plaza, porque aquellos no ofrecían ninguna garantía en cuanto al cumplimiento de las condiciones que se hubieran estipulado. En efecto, no todos los jefes republicanos tenían la misma opinión, y los principales generales estaban tan divididos, que lo estipulado por uno de ellos, no hubiera sido reconocido por los demás.

Considerando todas estas circunstancias, se re-

solvió unánimemente, en Consejo de Guerra, reconcentrar todas las fuerzas el 12 de mayo y romper la línea enemiga en algún punto. Si se lograba ésto, el Emperador debía dirigirse a la Sierra Gorda, acompañado de sus generales, oficiales extranjeros y de la caballería que todavía estuviese disponible; pero había que abandonar la infantería y la artillería. Allí se esperaba tener favorable acogida entre sus habitantes, indígenas de la raza del General Mejía, y la escabrosidad de las montañas les prestaba bastante refugio y los protegía suficientemente contra cualquier intento de persecución por parte de los juaristas. Entonces se podría más fácilmente entrar en arreglos con el enemigo, o, en el peor de los casos, esperar los acontecimientos y tomar las medidas del caso.

En cuanto a abandonar la infantería y la artillería, era una precaución indispensable, que las circunstancias exigían imperiosamente, y que no podía eludirse. En efecto, para que la huída de esta parte del ejército ofreciese algunas probabilidades de éxito, se necesitaba que marchara a la mayor velocidad posible y podía impedir o comprometer el movimiento de la caballería; además, el ejército imperial estaba ya demasiado debilitado para poder oponer resistencia al enemigo, en campo descubierto. Así es que dichas tropas debían quedar en Querétaro y capitular, lo cual no constituía peligro alguno para ellas, porque el enemigo acostumbraba portarse muy indulgentemente con las tropas indígenas.

Sin embargo, la realización del plan concebido era una empresa arriesgadísima, porque los fugitivos iban a ser perseguidos por los 4,000 soldados de

caballería enemiga, cuyos caballos no estaban debilitados; pero de todos modos, esta era la única manera de escapar de ser hechos prisioneros; y si los juaristas estaban en mejores condiciones, en cambio, para los imperialistas se trataba de "ser o no ser", y estaban resueltos a arriesgarlo todo por su libertad y por el Emperador, y a vender cara su vida.

La mayor parte del proyecto se guardó en medio del más absoluto secreto, conocido sólo por los altos jefes del ejército; se supo únicamente que se iba a romper la línea enemiga, pero nadie, excepto los jefes, sabía en qué punto.

Entre tanto, los oficiales extranjeros que servían en los distintos cuerpos, y por cuya vida se temía en caso de que cayeran en poder del enemigo, fueron puestos al tanto de la próxima acción, dándoseles los informes necesarios, y esta tarea fué encomendada al autor. Al mismo tiempo se les proveyó de caballos, que hubo que tomar a los Húsares; a determinada hora debían marchar con el Emperador, llevándolo en el centro y emprender la proyectada fuga.

El orden que tenían que llevar las divisiones de caballería era como sigue: a la cabeza, el Regimiento de la Emperatriz, que era, numéricamente, el más fuerte y también el mejor montado; después, una parte de la Escolta del Emperador, compuesta de los jinetes irregulares de la frotera mandados por el Coronel Miguel López; después, los cuerpos 1o. y 2o. de Húsares, mandados por mí y por el Comandante de Caballería Pawlowsky, respectivamente. A estas divisiones debían seguir inmediatamente el Emperador y sus generales, rodeados de los oficiales extranjeros, a los que se unió el tercer Regimiento de Húsares, mandados por el Teniente-

Coronel Federico Kaehlig; a éstos debían seguir el 40. Regimiento de Lanceros, a las órdenes del Conde Pachta, el 90. Regimiento de caballería y el resto de los distintos escuadrones y demás divisiones.

Toda la caballería debía contar así cerca de 1300 combatientes.

Desgraciadamente, el proyecto tuvo que aplazarse, porque los preparativos no estaban terminados. La verdad es, que no se hicieron con la energía que requería la situación, y se perdió el tiempo en cosas de ínfima importancia.

El 13 de mayo se publicó una proclama firmada por el Emperador y por el General Mejía, dirigida principalmente a la población indígena de la ciudad, sobre la cual dicho general ejercía una influencia considerable; en dicha proclama se invitaba por el Emperador a tomar las armas, para poder emprender un ataque enérgico contra el enemigo. Aquellos que se alistaran voluntariamente, quedaban exentos para siempre, del servicio militar. Esta proclama tenía por objeto engrosar, lo más que fuese posible, las filas del ejército; y por eso se hablaba del ataque, para disfrazar la huida del Emperador y poder llevarla a cabo. Lo que se quería, era lo siguiente: por un lado, atacar al enemigo con toda la energía posible, y entretenerlo y luego, cuando ya hubiera acumulado la mayor parte de sus tropas en el lugar del combate, la caballería debía romper las líneas y escaparse.

Pocas horas después de haberse fijado las proclamas, ya se habían presentado más de 300 indígenas; pero resultó tan difícil poderlos armar, que la tentativa no se vió coronada del éxito deseado. En vano fuí a buscar todas las armas que existían en el Arsenal; si bien no eran pocas, en cambio la ma-

yor parte eran defectuosas e inservibles, y las armas de fuego eran de calibres tan distintos, que para su empleo se necesitaban, cuando menos, diez clases diferentes de municiones; apenas logré, con grandes dificultades, reunir algunos cientos de fusiles utilizables, que fueron repartidos entre el número creciente de voluntarios.

En estas operaciones tan dilatorias, que retardaban constantemente el éxito, se perdió un tiempo precioso, y cada hora que transcurría, la situación de los sitiados se hacía más espantosa e insostenible, y en el ánimo de un miserable acabó de madurar el plan más ignominioso de traición, que sólo podía idear el mayor de los infames.

Así llegó la noche tenebrosa del 14 de mayo, uno de los momentos más nefandos que se cuentan en la historia de los pueblos. Desde que comenzó la obscuridad, las tropas se mantuvieron listas; la salida, proyectada desde hacía tantos días, al fin iba a verificarse; la caballería mantuvo ensillados sus caballos, y todos esperaban el momento en que un supremo esfuerzo había de decidir de la suerte del Emperador y de sus fieles partidarios. Todos sabían perfectamente que se trataba de una empresa de resultado muy dudoso, de una lucha de vida o muerte, y para nadie era un secreto que había pocas probabilidades de salir con bien.

Pero, sin que se acierte a comprender, la acción se aplazó de nuevo, ¿por qué? no se supo. Sin embargo, esta vacilación había sellado la suerte del Emperador y de sus tropas.

Ya en esos momentos se deslizaba el traidor por las calles de Querétaro, aprovechándose de su categoría para la realización de su infame plan, y ca-

minando con la mayor cautela para no ser observado.

Era el Coronel imperialista Miguel López, Comandante del Regimiento de la Emperatriz, Jefe de la Escolta del Emperador e Inspector de la Línea oriental de defensa de la plaza.

El autor se acuerda aún bien del momento en que este miserable, dos días antes, dejó escapar duras palabras contra el Comandante de Caballería Pawlowsky, porque habían desertado algunos hombres, durante la noche, de la línea donde inspeccionaba dicho Comandante. En verdad, López supo desempeñar su papel de una manera admirable. Hasta el último momento se condujo como el oficial más fiel y celoso de su deber, y esto de una manera tan perfecta, que nadie tuvo ni la menor sospecha del doble papel que representaba.

Respecto a este hombre, en sus Memorias, el Emperador dice lo siguiente:

"Entre las personas que me rodean, hay sobre todo, dos hombres, hacia los cuales tengo la mayor estimación, y que poseen toda mi confianza. Son: el Teniente Coronel Don Joaquín Rodríguez, Comandante de la Guardia Municipal de México, (1) hombre de un valor y fidelidad excepcionales, y el Coronel Don Miguel López, uno de los primeros que me saludó en el país, quien me hace compañía desde entonces y no se ha vuelto a separar, y que ha demostrado mucha adhesión hacia mí y hacia la Emperatriz.

El infeliz monarca tenía razón: la suerte había escogido a este hombre y desde el principio lo había puesto a su paso, hasta que se convirtió en su ver-

(1) Muerto el 10. de mayo de 1867.

dugo. Era un hombre de una falsedad y malicia excepcionales.

La historia no nos puede mostrar muchos canallas que hagan parejas con este hombre. En cuanto a los hechos infamantes que se imputan a este desventurado, son muy diversos.

López, a causa de sus pasados delitos, estaba muy comprometido con el enemigo, y tenía mucha razón para temer por su vida, en caso de caer prisionero. Tal vez quiso asegurarse, y que el enemigo le debiera algún servicio.

A pesar de la excelente opinión que el Emperador tenía todavía en el mes de abril, respecto de su favorito, este no pudo lograr, durante el sitio, alcanzar mayor jerarquía militar. Bien pudieron haber llegado a oídos del Soberano las pasadas infamias del Coronel, lo cual impidió que aumentara su estimación hacia él.

Entre otras, se contaba de él la siguiente anécdota espeluznante:

En cierta ocasión, López, acompañado de unos cuantos de los suyos, era perseguido muy de cerca por el enemigo. Durante la huida, repentinamente fué muerto su caballo, y entonces se vió en el más inminente peligro de caer en poder del implacable adversario,—cuando uno de los suyos, que venía atrás, lo subió a su caballo. El animal, con esta doble carga, forzosamente iba a disminuir su velocidad, y era de preverse que en pocos minutos iban a ser alcanzados por el enemigo. Pero el bravo López no titubeó en tocar un recurso: de un pistoletazo se desembarazó de su salvador, y arrojó a este infeliz del caballo, logrando así escapar de sus perseguidores.

Es muy posible que el Coronel López, olvidando los beneficios de que lo había colmado el Empera-

dor, quisiera vengarse del olvido real o imaginario en que últimamente se le había tenido, entregando a su bienhechor en manos de sus enemigos.

Que López era un hombre eminentemente práctico, lo prueba el hecho de que supo aunar lo útil con lo que halagaba sus pasiones: por una parte, salvaba su vida, y, por otra, satisfacía su venganza y obtenía una recompensa por la maquinación que iba a poner en práctica: un peso por cabeza, sin distinción de categorías, lo cual no valorizaba muy bien a los sitiados.

Esta recompensa, digna de Judas, hace aparecer al Coronel en toda su infamia, y se admira uno y se horroriza al mismo tiempo, al ver hasta dónde llega a veces la perversidad de los hombres.

Voy a dar una idea de la manera como López llevó a cabo la traición, según mis recuerdos personales y lo que me han contado personas dignas de crédito.

Como dije anteriormente, estaba encomendada al Coronel la inspección de la línea de defensas de la parte oriental. Esta línea abarcaba, principalmente el Cuartel General de La Cruz con sus extensos corrales y obras avanzadas, y a causa de lo alejadas que estaban, convenían perfectamente a los planes de López de ponerlos en práctica, procuró calmar todo lo posible la inquietud y la excitación que reinaban en todo el campamento, en vista de los acontecimientos que se esperaban.

De este modo, a las once de la noche se dirigió al Cuartel de la Escolta del Emperador, situado cerca del Cuartel General, y dió la orden, como jefe supremo que era de este cuerpo, de desensillar los caballos y entregarse al sueño supuesto que el ataque proyectado se había aplazado una vez más.

Así conseguía completamente su objeto: la Escolta, incluyendo los Húsares, se entregaba al descanso, sin tener la más ligera idea de los sucesos que se verificaban bajo las sombras de la noche.

Después de desembarazarse de los testigos más molestos; fué López a "inspeccionar" la parte exterior de La Cruz.

No se sabe si ya había ido antes al campamento enemigo a hacer sus proposiciones a Escobedo ó si ésta fué la primera vez que estuvo. Sea como fuere, sus proposiciones fueron aceptadas por el general en jefe del ejército juarista.

Cuando regresó del campamento enemigo, el primer cuidado del Coronel fué introducir al enemigo dentro de las fortificaciones de la ciudad, en medio del mayor silencio, según había convenido con los enemigos. Esta era la parte más difícil y peligrosa de toda la empresa; realizada ésta, el buen éxito estaba asegurado.

López llevó a cabo su obra con tanta maestría como felicidad. De regreso a La Cruz, ordenó a los guardias de una de las obras avanzadas, abandonar los cañones y dirigirse a cierta parte, donde pretextó que se acababa de caer una parte del parapeto.

Mientras que los guardias se dirigían al lugar indicado para componer la parte averiada, él introdujo a las tropas enemigas dentro de las murallas, en medio del más profundo silencio, ocupando dichas tropas el lugar donde poco antes estaban los centinelas. En otros puntos hizo lo mismo, con igual éxito, de modo que en pocos momentos la mayor parte del Cuartel General estuvo en poder del enemigo, el cual se adueñó completamente de él, sin el menor ruido, después de que el Coronel hubo desarmado a la guarnición.

El golpe de López fué favorecido por la circunstancia importantísima de que los uniformes de los republicanos se parecían bastante a los de los imperialistas, al grado de que entre la guarnición se hallaban incorporados algunos prisioneros juaristas que conservaban todavía sus uniformes primitivos.

Del Convento de La Cruz se dirigió López a la Iglesia de San Francisco, situada en el centro de la ciudad. En esta Iglesia estaba el depósito de armas y municiones y desde una alta muralla, provista de troneras, que la rodea totalmente, se dominaba perfectamente la Plaza principal, así como la calle del Biombo, que conducía al Cuartel General. Con la mayor cautela fué introducido el Batallón enemigo de Nuevo León al interior de la muralla, con lo que López había llevado a feliz término su maniobra, sin que los imperialistas, exceptuando la guarnición desarmada y hecha prisionera, parecieran abrigar la menor sospecha de la traición verificada. Después de media noche, se esparció el vago rumor entre los centinelas, de que el enemigo se hallaba ya en el centro de la ciudad; pero a todos les pareció esta versión demasiado absurda, para que se pudiera creer en ella. Así, nadie averiguó que había de cierto.

El enemigo había realizado sus deseos y se esperaba tranquilamente la llegada del día en que la a resolverse la suerte de la ciudad.

Según parece, fué en el Cuartel General donde primero advirtieron el peligro que amenazaba. Dicen que se despertó apresuradamente al Emperador, dándosele aviso del estado de las cosas, y que entonces él reunió a toda prisa sus papeles y acompañado del Príncipe de Salm-Salm, del Barón de Fürstenwarther, Capitán del Estado Mayor General y de otros oficiales mexicanos de alta graduación, aban-

donó inmediatamente el Convento y se dirigió al Cerro de las Campanas, a donde llegó sin ser molestado.

Delante de la recámara del Emperador se había colocado ya un centinela, las escaleras habían sido ocupadas igualmente, y se debió a la generosidad del Coronel juarista José Rincón, que se hubiera dejado pasar al Emperador, a quien se tuvo por un simple paisano, y él y todos sus acompañantes pudieron alejarse sin ser molestados.

En estos momentos se sucedieron escenas de horror indescriptible y de la mayor confusión, escenas que es imposible describir con todos sus detalles: apenas había despuntado el día, cuando los republicanos, que habían estado escondidos en posiciones perfectamente tomadas, comenzaron a maniobrar de tal modo, que sembraban el mayor pánico en las filas de los imperialistas, totalmente sorprendidos. Pronto no hubo ya dirección ni mando; empezó un movimiento desordenado por todas partes; nadie sabía lo que sucedía; los juaristas, desde sus escondites, tiraban sin compasión sobre sus inconscientes adversarios, que se apresuraban a huir; los artilleros enviaban una verdadera lluvia de granadas sobre la desdichada ciudad, importándoles poco si herían a amigos ó a enemigos. Entonces empezó un avance general de sus fuerzas, las cuales, abandonando las posiciones que habían tenido durante el sitio, se lanzaban contra las defensas de la ciudad; los imperialistas las abandonaron, después de una ligera resistencia, para huir hacia el interior de la ciudad, siendo diezmados y aniquilados por el certero fuego del enemigo.

Dicen que la caza tiene cierta semejanza con la guerra, y con razón. Creo no poder dar una idea me-

jor de la catástrofe de Querétaro, y esto sin ofender en lo más mínimo el reconocido valor de las tropas imperialistas, que comparándola con una caza de liebres en pleno campo, en el momento en que el círculo de cazadores y de disparos se estrecha cada vez más, y los animales, acosados por todas partes, corren como locos en todas direcciones, ya a lo largo del frente del enemigo que se aproxima, buscando alguna hendidura por donde escapar, ya volviéndose, y poseídos del valor que da la desesperación, se arrojan contra el peligro para abrirse paso y salvarse.

Tendría que ir demasiado lejos, si quisiera describir los espantosos episodios de aquel día: la catástrofe de Querétaro fué un caos de espeluznantes acontecimientos. Así, me limitaré a describir uno de éstos, en el que yo participé, a fin de detallar la confusión y el pánico que reinaban entre los imperialistas, como también para describir, con toda claridad, el golpe del enemigo.

Cuando el Emperador y sus acompañantes se dirigían al Cerro de las Campanas, atravesando la calle del Biombo, al principio de la cual y muy cerca del Cuartel General estaba acuartelada la Escolta Imperial y el Escuadrón de Húsares, perteneciente a la misma, encargó el Soberano al Capitán Barón de Fürstenwarther, despertar a dichas tropas y ordenarles que lo siguieran inmediatamente.

El Emperador quería hacer desde allí un último esfuerzo, con auxilio de toda la caballería, reunida a toda prisa, para romper las filas enemigas y buscar su salvación en la huida.

El Barón de Fürstenwarther cumplió la orden recibida, impuso de lo sucedido al Coronel Campos, Subcomandante de la Escolta Imperial, quien dor-

mía poco antes, y le ordenó, en nombre del Emperador, dirigirse al Cerro lo más pronto posible.

Los Húsares, obedeciendo las órdenes que el Coronel López les dió personalmente a las once de la noche, habían desensillado los caballos y se habían entregado al sueño.

Debían ser como las cuatro y media de la mañana, cuando un oficial de los Húsares, que dormía en una de las piezas del Cuartel, despertó a causa de un ruido desacostumbrado, que se producía en el patio donde estaban amarrados los caballos. Pawlowsky, que fué el primero que salió, encontró a su gente ensillando sus caballos a toda prisa, y supo, por el Coronel Campos que allí estaba el estado en que se hallaban las cosas.

No había qué titubear: se derribó la puerta y salieron a todo correr. Sólo que Pawlowsky había olvidado, con la prisa, poner al tanto de la situación a sus oficiales y a sus soldados. Que el enemigo se hallaba ya en la ciudad, que ya hasta estaba oculto en los tejados de los cuarteles—una de las diabluras del Coronel López—y presenciaban tranquilamente la partida de los Húsares, nadie lo sospechaba. Todos estos detalles los supe yo, con no poca sorpresa, de boca de los mismos oficiales juaristas, cuando caí prisionero.

El Coronel Campos, mientras tanto, se apoderó de uno de los caballos disponibles y se escapó, intentando salvarse por medio de la huida; pero en las cercanías de la ciudad lo pescaron los enemigos y sin más trámites, lo ahorcaron en el árbol más próximo.

En el exterior reinaba un silencio extraño,—era la calma que precede a la tempestad,—las calles estaban desiertas, sólo uno que otro curioso des-

peritado por el gran ruido que hacía la cañanada, asomaba la cabeza por la ventana, para ver que sucedía tan temprano.

Ya habíamos atravesado a caballo un trecho considerable y nos admirábamos de no ser saludados por alguna bala. Repentinamente, el silencio matinal se rompió por los repiques que partían del centro de la ciudad, procedente de la torre de la Iglesia de San Francisco.

Fuertemente repicaban las campanas, cuyo sonido traía a nuestros oídos el aire fresco de la mañana y por una cosa extraña, nuestro valor se reanimó. Todo el mundo sabía que las campanas de esta Iglesia, durante el sitio, sólo se repicaban para anunciar los triunfos o cualquiera otro éxito alcanzado. Así es que todos pensaron que aquellos repiques significaban gusto, sin imaginar siquiera que era el enemigo quien daba a sus tropas una señal para el avance general.

Cuando entramos en la calle del Biombo, se nos unieron treinta jinetes del Regimiento llamado "Exploradores del valle de México", que casi había sido aniquilado en el combate del 27 de abril, y así reforzados, empezamos a bajar por la calle que desemboca en la Plaza principal. Debo hacer notar que poco antes de terminar esta calle, desemboca en ella un estrecho callejón, por su parte izquierda.—Caminando al galope, nos habíamos aproximado a este callejón cuando repentinamente, 100 soldados de infantería, vestidos con uniforme gris y pertenecientes al Batallón de Nuevo León, nos salieron al encuentro con la bayoneta tendida y los fusiles apuntados contra nosotros y nos hicieron frente.

Al momento se detuvo el grupo de jinetes; pero

la sorpresa duró sólo un segundo, las espuelas se hundieron en el vientre de los caballos, éstos dieron un formidable salto, y todos, sin comando ni dirección, se precipitaron sobre la infantería que les cerraba el paso.

En el momento supremo en que parecía inevitable una lucha de vida o muerte, se presentó repentinamente el traidor López, acompañado del Coronel juarista José Rincón; comprendió inmediatamente la situación y con voz estentórea mandó detenerse a los imperialistas.—Todo fué obra de un momento.

"¡Alto! señores. En nombre del Emperador, ¡alto! exclamó el miserable. "Vuestra resistencia es inútil, el Emperador está prisionero y me ha encargado desarmar las tropas e impedir todo inútil derramamiento de sangre. En nombre de Su Majestad, rendíos!"—López representaba un papel muy peligroso. Si algunos de nosotros hubiese sospechado su felonía, no dudo que hubiera habido alguno que lo matara; y creo que los juaristas lo hubieran agradecido. Pero la Providencia reservaba a López un castigo mayor: debía arrastrar una existencia miserable, sufriendo la afrenta del desprecio general.

Sin embargo, ninguno de nosotros presentía la verdad. El desdichado Emperador se hallaba ya en este momento en el Cerro de las Campanas, esperando inútilmente a sus fieles Húsares y al General Miramón; transcurría momentos preciosos, sin que se presentase ninguno de ellos, y mientras tanto los Húsares, obedientes a su Comandante y pretendido enviado del Emperador, bajaban de sus caballos, arrojando sus armas sobre el empedrado y dejándose conducir a la prisión.

En el mismo momento el enemigo enviaba una terrible lluvia de granadas sobre la desdichada ciu-

dad, y en todas partes se entabló una enconada lucha: el estruendo de la fusilería y las detonaciones de los cañones acallaban los gritos de rabia de los combatientes, hasta que los imperialistas, perseguidos incesantemente por los republicanos, retrocedieron al interior de la ciudad y poco a poco se fueron rindiendo, viendo lo inútil de su resistencia.

Nuestros caballos, abandonados por nosotros, habían permanecido quietos un momento; pero una granada que estalló a su lado, sembró el desorden entre ellos y atravesaron la calle del Biombo a todo galope, derribando todo lo que encontraban a su paso, hasta llegar al Cuartel General.

En la Plaza que está delante de la Iglesia se hallaba formado un batallón enemigo, de frente hacia la desembocadura de la calle dicha, y al oír el ruido del galope de los caballos, no pensaron sino que era un ataque de la caballería, y apenas aparecieron los caballos en la esquina, cuando el batallón hizo una descarga sobre los animales que llegaban; parte de ellos cayeron atravesados por las balas y los restantes se dispersaron en todas direcciones.

El General Miramón, que vivía cerca del Cuartel General, despertó por el estruendo repentino del combate, e ignorante de los acontecimientos, se dirigió a toda prisa a la Plaza principal. Allí estaban formados dos batallones enemigos.

Apenas se había dejado ver Miramón, cuando fué reconocido, y entre gritos salvajes: "¡Miramón! ¡Miramón!", cientos de fusiles se apuntaron al temerario general, quien impasible ante el peligro supremo, sacó su revólver y lo disparó contra sus contrarios. Herido de un balazo en la quijada, dió media vuelta y escapó felizmente de los soldados que

se habían arrojado sobre él como una jauría de perros, para ser entregado al enemigo, pocos días después, por el Dr. Liceaga, de quien era cliente y el mismo que después embalsamó el cuerpo del Emperador.

Mientras tanto, el desdichado Emperador había pasado por momentos no menos terribles.

El enemigo dirigía el fuego concéntrico de sus cañones al Cerro a donde huía el Emperador, acompañado del Regimiento de la Emperatriz, del 4o. Regimiento de Lanceros y del resto de su Escolta; los proyectiles que procedían de todos lados hacían la situación cada vez más insostenible; las tropas enemigas avanzaron entonces en masas cerradas.

El Emperador debió sufrir lo indecible en esos momentos: vió cómo se comenzó a rendir su caballería, a tambor batiente, el Regimiento de la Emperatriz, tan colmado de distinciones. Pronto se vió el Emperador rodeado únicamente del 4o. Regimiento de Lanceros del General Méndez, regimiento a quien tanto se había descuidado y que, dicho sea para su mayor honra, supo cumplir con su deber hasta lo último.

En vista de las circunstancias, el Emperador se vió obligado a mandar con Escobedo a su ordenanza, el oficial Pradillo, para anunciarle su rendición. Mientras que esperaban su regreso, el Emperador entregó al Barón de Fürstenwarther tres paquetes de escritos, con el encargo de quemarlos inmediatamente, lo que hizo luego. Dichos paquetes tenían los letreros: "Gubernativ", "Cassa", "Privativ."

A esto se debe que después de la entrada de los juaristas a Querétaro, no se hayan apoderado éstos de ninguna clase de papeles, y si la historia tiene qué lamentar la pérdida de estos documentos tan

importantes y en todo caso, del mayor interés, cuando menos esta era una precaución que las circunstancias exigían imperiosamente, para no hacer más difícil la situación del Emperador y no comprometer más a su persona y a sus partidarios.

Después de la llegada del General juarista Mirafuentes, que había sido mandado por Escobedo, entregó Maximiliano su espada y fué conducido al Convento de La Cruz, no sin haber sido antes objeto de la mayor afrenta.

Según me refirió el Barón de Fürstenwarther, un Coronel juarista, en estado de ebriedad, se dirigía al Cerro de las Campanas, acompañando a Mirafuentes. No bien hubo visto al Emperador, cuando se precipitó a su encuentro y apuntándole con su revólver a la cara, exclamó: "¿Conque tú eres Maximiliano, que se dice Emperador de México?" Con trabajo lograron los oficiales republicanos apartar a este miserable del Emperador, quien palideció con este ultraje, pero sin perder ni un momento su serenidad.

Con la toma de Querétaro cayeron prisioneros 21 generales imperialistas, unos 600 oficiales y 8,000 hombres de tropa.

Solamente el General Ramón Méndez, uno de los más odiados y temidos por el enemigo, había logrado huir, antes de caer prisionero.

En vano los republicanos lo buscaron por todas partes; a pesar de la energía y empeño desplegados, que atestiguaban el encono de los juaristas, parecía que no se llegarían a apoderarse de él. Corrió el rumor de que Méndez, disfrazado de carbonero, a lo que le ayudaba muy bien el color obscuro de su rostro, había salido de la ciudad, aprovechándose de la

confusión general, encontrándose ya fuera del alcance de sus perseguidores.

Pero los republicanos no se dejaron despistar por este rumor y continuaron sus pesquisas con un ardor incansable, registrando todas las calles y haciendo un cateo minucioso de todas las casas.

Por fin, en la tarde del tercer día se encontró a Méndez escondido en el tejado de una casa. Sin más trámite fué arrastrado a la Plaza de Las Capuchinas y allí fué fusilado por detrás como "traidor". Cuentan que cuando ejecutaron a este valiente general, poco antes de la voz: ¡Fuego!, se volvió de frente y exclamando: "¡Yo no soy traidor!", cayó al suelo, atravesado por las balas.

Tal fué el triste fin del sitio de Querétaro y del segundo imperio mexicano. Todo lo glorioso que había sido para los imperialistas la defensa de la plaza, quienes durante tantas semanas se habían sostenido contra un enemigo mucho más poderoso que tenía a su disposición todos los auxilios posibles, en cambio tanto menos honrosas eran para los juaristas las circunstancias de la caída de la ciudad, pues que tuvieron que valerse de la cooperación de un infame traidor para alcanzar el objetivo de tan largos y sangrientos esfuerzos.